

ANIMALES Y ALTERNATIVAS

Rae Langton y Richard Holton¹

¿Qué limitaciones existen para la experimentación científica con animales no humanos? ¿Qué precio estamos dispuestas² a pagar, en términos de la muerte o sufrimiento de animales, por el avance del conocimiento? En tanto que humanas, este precio es considerablemente alto. En tanto que filósofas, a veces se nos pregunta por qué.

Los lineamientos existentes establecen ciertos principios para la experimentación con animales. Aquí hay uno presente en muchos códigos:

Principio de misericordia: Si el animal está sufriendo, destrúyalo al finalizar el experimento.

Otro lineamiento avalado aún más ampliamente es el siguiente:

Principio de ausencia de alternativas razonables: Experimente con animales únicamente si no existe una alternativa razonable que genere un resultado suficientemente bueno sin utilizar animales.

Pensemos en este segundo principio. ¿Qué se entiende por una “alternativa razonable”? La pregunta no es fácil, y a menudo queda a la interpretación de los comités. Pero sí es posible identificar algunas de sus dimensiones. Una de ellas es el *costo* de las alternativas, ya sea en tiempo o en dinero. Para laboratorios atareados trabajando con presupuestos limitados, el costo importa; el precio de una alternativa puede ser demasiado

¹ Traducción de Itzia Vieyra Ramírez. Revisión por Federico Marulanda Rey y Ana Cristina Ramírez Barreto.

² Universal en femenino. Incluye varones. NT.

elevado. Otra cuestión es si la alternativa produciría resultados lo *suficientemente buenos*. Lo que importa aquí es la efectividad del experimento, su precisión y confiabilidad relativa a los objetivos de investigación.

Antes de continuar, queremos detenernos y preguntar: ¿qué piensa *usted* respecto del *principio de ausencia de alternativas razonables*? Su aplicación a cualquier caso particular puede ser controversial. Como hemos visto, el asunto puede girar en torno a detalles sobre el costo y la efectividad relativos de las alternativas. Pero queremos preguntar si le parece correcto *en principio* que únicamente podamos usar animales en ausencia de una alternativa razonable. Siempre que exista una alternativa lo suficientemente buena, debemos adoptarla. No debemos verter cosméticos en los ojos de los conejos si un experimento en un tubo de ensayo funcionaría igual de bien.

Si le parece que el anterior principio es plausible, nuestra siguiente pregunta es sobre su aplicación. ¿Qué tan estricta sería usted con quienes se quejan? ¿Qué tan estrictos serían sus criterios para determinar *si una alternativa cuesta mucho o tarda demasiado o los resultados no son suficientemente buenos*?

Cuando un colega [Aubrey Townsend] planteó esa pregunta a una audiencia abarrotada –doscientos estudiantes de medicina y veinte docentes– hubo un acuerdo universal: el principio es apropiado, y debería ser aplicado de manera estricta. El acuerdo con el principio fue inmediato e incluso impaciente. Las miradas de las doscientas, y de las veinte, descendieron rápidamente por la página en busca de preguntas más desafiantes. Quizás su propia respuesta sea igual de inmediata e igual de impaciente.

Otros principios son más controversiales. El *principio de misericordia* exige tomar una medida que no tomaríamos si se tratara de seres humanos. También hay principios que tienen consecuencias polémicas como si los animales pueden reutilizarse en otros experimentos, y si pueden pasar a vivir como mascotas una vez que los experimentos hayan terminado. Estos son problemas interesantes, pero no nos detendremos en ellos. Queremos apegarnos al principio que no presentó controversias: el *principio de ausencia de alternativas razonables*. No debemos hacer sufrir

a animales, ni matarlos, en nombre de la ciencia, si es que hay alguna ruta alterna al conocimiento que buscamos obtener.

Si lo anterior vale para el conocimiento, ¿qué hay de otras metas? El sufrimiento en aras del conocimiento humano es una cosa. El sufrimiento en aras de la alimentación humana es otra. ¿O acaso no lo es? Nuestro colega planteó esta pregunta a la asamblea –y en aquel gran auditorio hubiera podido oírse la caída de un alfiler–. El principio obvio tenía consecuencias obvias, pero estábamos ciegas ante ellas. Si el *principio de ausencia de alternativas razonables* aplica en el caso del uso de animales para la experimentación científica, aplica también en el caso del uso de animales para la alimentación. Y aquí, la alternativa –alimentarnos sin causar la muerte o el sufrimiento de animales– está a nuestro alcance.

Sin duda, matar animales para comer parece normal, y matar animales para la ciencia, no. Esto podría *explicar* por qué hubo una reacción diferente a las dos aplicaciones del *principio de ausencia de alternativas razonables*. Pero no creemos que la distinción entre lo que parece o no normal sea suficiente para *justificar* una aplicación inconsistente de este principio. Nuestra reacción cuando el principio se aplicó a la experimentación con animales en la ciencia fue desinteresada. En ese caso respondimos desde detrás del velo de la ignorancia. Entonces, en ausencia de razones para pensar lo contrario, ése es el juicio confiable.

¿Qué se sigue? No un vegetarianismo total. Nuestro argumento no alcanza muchos casos –cuando genuinamente no hay alternativas razonables para alimentarnos, por ejemplo, o cuando el animal ya está muerto–. Aquí puede haber otros argumentos relevantes. Pero lo que sí se sigue es esto: si podemos estar igual de bien sin provocar el sufrimiento y la muerte involucrados en la cría de animales para alimentación, debemos prescindir de esa práctica.

Algunas carnívoras podrían reclamar que las alternativas a la ingestión de animales no son lo suficientemente buenas: son muy caras o tardan demasiado o son menos efectivas para conseguir los resultados deseados, ya sea por factores de salud o de gusto. Quizás tengan razón. Pero si ese tipo de pensamientos le parecen viables, le pedimos, en justicia, que recuerde a la científica imaginaria, que podría igualmente quejarse de que

las alternativas a experimentar con animales en el laboratorio no son lo suficientemente buenas: son muy caras o tardan demasiado o son menos efectivas para conseguir los resultados deseados.

Cuando se trata del conocimiento, debemos experimentar con animales únicamente en ausencia de alternativas razonables. Cuando se trata de nuestra cena, ¿por qué no es lo mismo?

El argumento anterior es de Aubrey Townsend, no nuestro. Lo presentó en la Universidad de Monash hace más de veinte años. Nos hizo cambiar de opinión. Nos gustaría compartirlo.

Artículo publicado originalmente como 'Animals and alternatives', *The Philosophers' Magazine* 81, 2nd Quarter 2018, pp. 14-15.

Original accesible en <https://doi.org/10.5840/tpm20188138>. Agradecemos a Rae Langton y Richard Holton, de la Universidad de Cambridge, por autorizar su traducción y publicación.

